



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Figueroa Ibarra, Carlos

La crisis mundial: naturaleza y perspectivas

Bajo el Volcán, vol. 8, núm. 14, 2009, pp. 145-164

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28620136006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA CRISIS MUNDIAL: NATURALEZA Y PERSPECTIVAS*

Carlos Figueroa Ibarra

RESUMEN

Este trabajo examina las diversas perspectivas expresadas sobre la crisis mundial que vivimos. El autor comparte la aseveración de que se trata, una vez más, de una crisis de superproducción, más compleja e integral que la de 1929, la cual tendrá una larga duración y abrirá la puerta a la esperanza en un mundo posneoliberal. Por tanto, esta crisis confirma la percepción de que vivimos los estertores del neoliberalismo, aunque esto no necesariamente significa el tránsito a un mundo mejor. Dependerá de la correlación de fuerzas que exista a nivel global de quienes pretenderán la continuidad del neoliberalismo, de los que postularán una social democracia global y, finalmente, de aquellos que buscarán una salida poscapitalista. Palabras clave: neoliberalismo, posneoliberalismo, Estado, izquierda.

SUMMARY

This work examines the different perspectives expressed in relation to the current world crisis. The author claims that we are once again facing a crisis of overproduction, more complex and all-embracing than that of 1929; it will have a long life and it will open the gates to hope in a post-neoliberal world. Therefore, this crisis confirms the perception that we are witnessing the last breath of neoliberalism, although that does not necessarily entail a transition to a better world. It will depend on the global correlation of those who pursue the continuity of neoliberalism, those who propose a global Social Democracy and, finally, those who search for a post-capitalist outcome.

Key words: neoliberalisms, post-neoliberalism, state, Left.

* Conferencia impartida en el Hotel Camino Real de Guatemala el día 16 de julio de 2009 en el contexto del evento académico “La naturaleza de la crisis mundial: del discurso ideológico al análisis científico”, organizado por el Instituto de Análisis e Investigación de los Problemas Nacionales de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

Quiero agradecer, en primer lugar, al señor rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala la invitación a estar con ustedes en el marco de este evento, “La naturaleza de la crisis mundial: del discurso ideológico al análisis científico”. Mi gratitud se extiende al Instituto de Análisis e Investigación de los Problemas Nacionales, en particular a su director, doctor Adrián Zapata. Y no puedo dejar de manifestar que es un honor compartir esta mesa con un connotado economista, el honorable doctor Lizardo Sosa López.

LA CRISIS QUE ABRE UNA NUEVA ÉPOCA

Aun antes de septiembre de 2009, al observar el panorama político de América Latina era posible constatar los síntomas de la crisis del neoliberalismo. En efecto, se podían contar aproximadamente 16 o 17 presidentes de la región derrocados porque quisieron llevar el neoliberalismo hasta sus últimas consecuencias. Tales síntomas comprendían también la emergencia de movimientos sociales más o menos poderosos luchando contra las consecuencias sociales de dicho paradigma económico. Finalmente, la aparición de gobiernos de izquierda o de centro izquierda que de manera frontal o moderada han cuestionado al fundamentalismo de mercado. Todos estos hechos nos hacían conjeturar que acaso estábamos viviendo los estertores del neoliberalismo, que tal vez estábamos en el umbral del posneoliberalismo (Figuroa, 2009).

A partir de septiembre de 2009, las dudas empezaron a disiparse. La ideología que durante tres o cuatro décadas se presentó como “el fin de la historia” (Fukuyama, 1989, 1992) ha vivido solamente lo que dura un respiro en la historia de la humanidad. El notable estremecimiento que ahora vivimos comenzó ese mes con la quiebra del banco de inversión Lehman Brothers bajo el peso de una deuda de 600 mil millones de dólares, mientras otra banca, Merrill Lynch, era absorbida por su competidor, Goldman Sachs. Estos hechos se sucedían a la nacionalización de otras dos entidades bancarias, Fannie Mae y Freddie Mac, agobiadas por una deuda conjunta de 6 billones de dólares (Anónimo, 2009). Las preguntas

cardinales, por tanto, son: ¿Estamos viviendo un cambio de época? ¿Se acabó el neoliberalismo? (Sader, 2009).

Parafraseando a Shakespeare podemos decir que algo está podrido en Dinamarca cuando el presidente de Francia, Nicolás Sarkozy, a quien no puede conceptuársele como de izquierda, nos hace saber una crítica franca a uno de los rasgos del neoliberalismo: la hipertrofia del capital financiero, especulativo y hasta ficticio. Dice Sarkozy: “El día que dejemos de construir trenes, aviones, automóviles y barcos, ¿qué quedará de la economía francesa?” Y se responde él mismo: “Recuerdos. Yo no quiero hacer de Francia una mera reserva turística”. Y concluye Sarkozy con una frase lapidaria: “El capitalismo de *laissez-faire* ha muerto” (Bello, 2009). Desde una perspectiva keynesiana, el premio Nobel de Economía, Joseph Stiglitz, declaró desde los albores de la crisis mundial que se vivía el final del fundamentalismo de mercado y que: “En ese sentido, la crisis de Wall Street es para el fundamentalismo de mercado lo que la caída del muro de Berlín fue para el comunismo” (Stiglitz, 2008a).

En la perspectiva de la socialdemocracia neoliberal y abanderada de la *tercera vía*, el primer ministro británico Gordon Brown anunció, después de la reunión del G20, en marzo de 2009, que el Consenso de Washington había muerto. Brown no hacía sino repetir lo que en realidad ya había expresado el Banco Mundial en su informe anual de 2007 (Esteva, 2009). Desde la óptica de la misma cúspide del capital financiero, George Soros concluyó que el paradigma del fundamentalismo de mercado con su postulado de que los mercados podrían corregirse a sí mismos, había demostrado ser falso. Ello implicaba, según Soros, que la crisis mundial nos hacía lidiar no sólo con el colapso del sistema financiero, sino con el colapso de una concepción del mundo (Esteva, 2009). Finalmente, desde el horizonte de la izquierda, Ignacio Ramonet afirmó que el terremoto que estamos viviendo había precipitado el fin de “una era del capitalismo”, aquella que Ronald Reagan sintetizó con su famosa frase: “El Estado no es la solución, es el problema”. Viviremos ahora, afirmó Ramonet, el regreso del Estado (Ramonet, 2008).

¿Se acabó el neoliberalismo? se pregunta Emir Sader, uno de los grandes sociólogos de la América Latina actual. Muy probablemente sí, y

ese fin anuncia la posibilidad del posneoliberalismo, ese mundo solidario y desmercantilizado que muchos estamos esperando (Sader, 2009). Pero sólo la posibilidad, porque la situación caótica que vivimos, incontrolable para las fuerzas que han gobernado, ese signo de la crisis que postula Immanuel Wallerstein, es el inicio de una nueva era, similar al derrumbe del sistema feudal. El capitalismo como lo conocemos se acaba, nos dice Wallerstein. Esa es la buena noticia. La mala noticia es que el derrumbe final que él augura, para mediados del siglo XXI, puede dar origen a un sistema todavía peor (Wallerstein, 2008).

El evento que ahora nos convoca, nos exhorta a transitar del discurso ideológico al análisis científico. En las ciencias sociales es posible abandonar la postura ideológica, sólo hasta cierto punto. Por ello he iniciado esta presentación planteando la hipótesis de que vivimos en los estertores del neoliberalismo, pero sustentándola inicialmente en las aseveraciones que desde las distintas ideologías se han hecho en relación con el fin del neoliberalismo, del fundamentalismo de mercado, de la acumulación flexible, o cualquiera que sea el nombre que le queramos dar al paradigma que nos ha gobernado los últimos treinta o cuarenta años. En mi caso particular, debo alertarlos a ustedes de que no es un economista el que les habla, sino un sociólogo. Y también debo alertarlos con respecto a que si en un momento la ideología me invade, será la que proviene de la izquierda. Y estoy de acuerdo en que el análisis debe estar alerta ante las ideologizaciones que desde la izquierda a menudo se hacen. Pero no sólo la izquierda ha estado presa de éstas. Lo que hemos vivido en las últimas décadas –Joseph Stiglitz ha hecho de esta afirmación el eje de su famoso libro (Stiglitz, 2003)–, son los efectos de una ideologización que puede calificarse de derecha: el fundamentalismo de mercado. Michael Hudson, un economista de la misma tesitura de Stiglitz, nos ha alertado contra la peor versión de la economía neoclásica, aquella que estaría invadida por ese fundamentalismo de mercado y que él llama de manera muy fuerte, “teoría económica basura” (Hudson, 2009).

Muchos otros autores, de las más diversas posturas ideológicas, han acompañado a Stiglitz y a Hudson en su demoledora crítica a las ideologizaciones neoliberales (Fayazmanesh, 2008; Gambina, 2008; Beinstein,

2008; Torres, 2008; Bunge, 2009). A la pregunta de por qué, al igual que con la Gran Depresión de 1929, los más grandes expertos se equivocaron también en 2008 con respecto a la crisis y su duración, todos ellos coinciden con la lapidaria frase de Fayazmanesh (2008): “se equivocaron porque la teoría económica es una disciplina científicamente subdesarrollada, desvergonzadamente dominada por la pura ideología”. Se equivocaron porque su ideología hizo que confundieran deseos con realidad y vieron un mercado perfecto con competencia perfecta, un mundo sin clases sociales, solamente con productores y consumidores, un mundo armonioso modelado con instrumentos provenientes de la física matemática.

En 1949, Albert Einstein nos había prevenido con respecto a lo poco fructífero que era importar modelos provenientes de la física matemática para explicar la conducta humana (Einstein, 1949). Finalmente, Einstein repetía lo que Marx había postulado desde el siglo XIX, que las regularidades económicas no tenían el mismo comportamiento que las leyes descubiertas por las ciencias naturales y exactas, sólo operaban como una tendencia. Pero lo que me gustaría resaltar de ese insólito artículo de Einstein –que, dicho sea de paso, es una argumentación a favor de la necesidad del socialismo–, es una frase que en ese artículo aparece: “La anarquía económica de la sociedad capitalista tal como existe ahora es, en mi opinión, la verdadera fuente del mal” (Einstein, 1949).

LA NATURALEZA DE LA CRISIS

Al hablar de la crisis mundial desde Estados Unidos de América, Joseph Stiglitz es contundente. “Nos estamos ahogando”, nos dice. La desigualdad es la mayor desde la Gran Depresión, el estancamiento de los salarios es serio y la mayor parte del crecimiento de los últimos cinco años, que no se repartió, se ha sustentado en la burbuja de la vivienda que ahora ha estallado. “Los cimientos no son buenos” (Stiglitz, 2008). El análisis de la naturaleza de la crisis mundial, de su gravedad, sus alcances geográficos y su duración temporal, de sus causas y consecuencias sociales, es un indicador de si seguimos en el fundamentalismo de mercado o si, por el contrario, adoptamos una visión crítica.

El estallido de la burbuja

Gran parte de los análisis sobre la crisis mundial nos dicen que fue el estallido de una burbuja, la burbuja inmobiliaria, lo que desató la crisis que empezó en Estados Unidos de América y que luego se expandió por todo el mundo. Por burbuja, esa palabra que ahora escuchamos una y otra vez, entendemos la radical subida de los precios de un activo mucho más allá de sus valores reales (Bello, 2009). Nuevamente Stiglitz nos ilustra en el sentido de que no hay nada nuevo bajo el sol: históricamente todas las crisis financieras han estado asociadas a estas expansiones rápidas de activos, burbujas que van desde tulipanes hasta hipotecas (2008a).

En el contexto de tasas bajas de interés, millones de personas adquirieron deudas para adquirir bienes inmuebles a través de las llamadas hipotecas *subprime*, las cuales fueron otorgadas de manera irresponsable hasta en 25% a compradores que no tenían capacidad de pago. Millones de estadounidenses compraron inmuebles y la burbuja inmobiliaria comenzó a crecer: los precios subieron y eso contribuyó a la inflación. Era previsible que subieran las tasas de interés (Frei Betto, 2008). Muchas de las deudas inmobiliarias fueron convertidas en bonos y estos bonos incorporados a otros bonos, los cuales se compraban y vendían lo más rápidamente posible. Los intermediarios eran conscientes del riesgo y se deshacían rápidamente de estos títulos, vendiéndolos a otros bancos e instituciones, los que a su vez los vendían a otros más, muchos de ellos ubicados fuera de Estados Unidos de América. Finalmente, a quienes estalló de manera directa el problema fue a los compradores incautos que estaban al final de esta cadena (Bello, 2009; Esteva, 2009). El estallido de la burbuja se observó cuando se elevaron las tasas de interés de las hipotecas *subprime* y de otros títulos. Los pagos se interrumpieron y ello contaminó a toda la cadena de todos estos bonos, los cuales se han convertido en lo que ahora conocemos como “activos tóxicos” (Esteva, 2009). Hay cerca de cuatro millones de hipotecas *subprime* que entrarán en situación de impago en los próximos dos años y cinco millones más de impagos de hipotecas variables también para los años inmediatos. El problema radica en que en el sistema financiero global, aproximadamente, han sido inyectados 2 billones de dólares en estos activos tóxicos. Por tanto, este sistema financiero se

encuentra como un organismo infectado por un virus letal (Bello, 2009; Withney, 2009). He aquí pues los antecedentes de las grandes quiebras bancarias que observamos en septiembre de 2008.

Pero la explicación de la crisis no termina allí. Es necesario explorar el contexto en que esta cadena de impagos se dio. La crisis mundial hace más patente que Estados Unidos de América es un imperio en decadencia, con competidores ascendentes no sólo en la Unión Europea o Japón, sino ahora también en China (Wallerstein, 2008; Guerra, 2008). La decadencia imperial radica en que hoy Estados Unidos de América es un gigante enfermo. El país más poderoso del planeta se encuentra sometido a una sangría financiera por las dos guerras de expansión imperial en las que está involucrado. Vive también una crisis de balanza de pagos, una significativa devaluación del dólar y, como consecuencia de todo lo anterior, ha contraído una deuda monstruosa que se está convirtiendo en algo inmanejable. Además, espoleada por el insaciable afán de lucro, la economía mundial ha transitado a una fase de hipertrofia financiera que tiene un débil sustento en la economía real, aquélla que se asienta en la producción. Varios autores nos dicen que la compra y venta de activos financieros, en suma, de papel, se ha convertido en la forma más fácil y rápida de obtener beneficios, aunque también la más peligrosa (Torres, 2008). No es la economía real, la producción de bienes e inversión en activos físicos la que hoy expresa el espíritu expansivo del capitalismo, sino la financiera, puesto que es la única que posee la agilidad para aprovechar las oportunidades, huir de los peligros y crear riqueza rápida (Vilas, 2008). En palabras del sociólogo argentino Atilio Boron, el capital creyó haber descubierto la “fuente de Juvencia” en la especulación financiera y no en la inversión productiva (Boron, 2009).

Varios datos que presentaré sumariamente pueden sustentar las anteriores aseveraciones. Estados Unidos de América invierte en gastos militares el 50% del total que el mundo invierte en dichos gastos (Stiglitz, 2008b). Los gastos reales actuales del complejo militar industrial ascienden a un billón de dólares y equivalen a 80% del déficit fiscal (Beinstein, 2009). El 42% de los impuestos que pagan los contribuyentes estadounidenses se destinan a gastos de defensa. El gobierno estadounidense destina 12 mil millones de

dólares mensuales a los gastos de guerra. Pero los costos indirectos son mucho mayores, de tal manera que se ha calculado en 2 billones de dólares el total de los costos de las guerras en que hoy se halla involucrado el imperio (Stiglitz, 2008b). Son estos monstruosos gastos militares lo que se encuentra en la raíz del déficit de la balanza de pagos.

Lo paradójico de todo lo anterior es que al ser el mayor tenedor de bonos públicos estadounidenses y otros títulos denominados en dólares, China se ha convertido en el principal financiador de la balanza de pagos de Estados Unidos de América (Hudson, 2009). Existen datos que hacen posible decir que el dólar estadounidense se encuentra en problemas desde hace tres años, pues en 2006 la Reserva Federal dejó de publicar el M3, un indicador que refleja el monto verdadero de la deuda que pesa sobre el dólar. La cuestión es que se afirma que el dólar es una moneda fiduciaria, es decir, sustentada en las propias deudas y el monto de la deuda estadounidense es notable (Gutiérrez Lozano, 2008). Ésta es tan grande, que un académico ruso, de manera tremendista, ha estado prediciendo desde 1998 que Estados Unidos de América terminará desmembrándose en pedazos, de manera similar a como lo hizo la Unión Soviética en 1990-1991 (Panarin, 2008). En todo caso, un largo camino se ha recorrido desde aquel remoto año de 1947 cuando se establecieron los acuerdos de Bretton Woods y el dólar fue cotizado en 38 dólares por onza de oro. En 1973 la administración Nixon abandonó el patrón oro y emitió dólares sin respaldo; en 2001 tal cotización llegaba a 200 dólares por onza de oro para alcanzar, en marzo de 2008, un nivel de 960 dólares (Ugarteche, 2009; Mazzei, 2008).

Finalmente, en relación con la hipertrofia financiera puede decirse que, según datos publicados en 2008, por el diario londinense *The Independent*, Estados Unidos tenía un Producto Interno Bruto de 10 billones de dólares mientras que el mercado global de derivados (petrodólares y eurodólares incluidos) ascendía en ese momento a 512 billones. Esto supondría, de confirmarse estos datos, que la producción interna de Estados Unidos de América equivaldría al 2% de todos los medios de cambio cotizados en dólares que circulan en el mundo (Gutiérrez Lozano, 2008). Otro autor señala que desde los años setenta se ha enseñado en centros de estudios estadounidenses y sus filiales, que dicho país debería autoconceptuarse

como una economía posindustrial sustentada en servicios, entre los cuales destacaría la creación de “productos financieros” (Mazzei, 2008). El importante papel del capital financiero en Estados Unidos se revela cuando se sabe que entre 30 y 40% de las ganancias empresariales provenían de los negocios financieros (Stiglitz, 2008a; Beinstein, 2009). La proliferación de esta suerte de capital ficticio es a escala global: en la actualidad el 90% de las transacciones que se realizan en los mercados son de carácter financiero (Zambrana, 2009). En 2008 los estados centrales (el G-7) disponían recursos fiscales por 10 billones de dólares contra los 600 billones de dólares en productos financieros derivados registrados en el Banco de Basilea. Y en China, en el momento de mayor auge especulativo (a fines de 2007), la burbuja bursátil movía fondos que casi equivalían al PIB de dicho país (Beinstein, 2009).

Complejidad e integralidad de la crisis

Es posible oír en los medios de comunicación a los especialistas financieros, afectos al establecimiento, hacer una interpretación de la crisis tratando, de alguna manera, de minimizarla. Es posible escuchar que se verá la luz al final del túnel a fines del año en curso. Además, en algunos medios la crisis ha sido presentada como una crisis de las hipotecas *subprime*, o más aún, como una crisis financiera o una crisis bancaria, en suma, un incidente menor en la marcha de los mercados (Boron, 2009). Pareciera que estos análisis pretenden afirmar que, a pesar de todo, el capitalismo goza de buena salud. Al escuchar estas afirmaciones no se puede dejar de pensar que se está tapando el sol con un dedo. Las cifras oficiales que se han empezado a conocer en Estados Unidos de América revelan una crisis severa. Al comparar el último trimestre de 2007 con el mismo periodo de 2008, la contracción del PIB que se estimaba sería de 3.8% resultó ser casi el doble: 6.2%. En Japón las cifras parecen ser más severas, pues el PIB cayó en 12% en el mismo periodo. En Europa la situación puede ser igual o peor después del derrumbe financiero de Islandia y la amenaza de bancarrota en varios países de Europa del Este, como Polonia, Hungría, Ucrania, Letonia y Lituania, entre otros. Situación que podría arrastrar a las bancas acreedoras en Suiza y Austria (Beinstein, 2009).

En este contexto la evocación de la Gran Depresión de 1929 es inevitable. Algunos analistas ya consideran en este momento que hemos pasado de la recesión a una depresión de larga duración. Cuando se compara lo que está sucediendo con lo que aconteció en los primeros nueve meses de la crisis de 1929, se constata que el declive industrial ha sido tan grave ahora como en aquel entonces. En cambio, la caída del mercado de valores y la destrucción del comercio mundial en la actualidad tiene un ritmo más acelerado que en 1929. La buena nueva es que la voluntad política reguladora hoy es mayor que antaño (Eichengreen y O' Rourke, 2009). Otros analistas no son tan optimistas, pues consideran que a la depresión de 1929 le siguió una utilización exitosa de los instrumentos keynesianos, mientras que hoy los cientos de miles de millones de dólares no hacen sino oxigenar temporalmente la infección de activos tóxicos (Beinstein, 2009). No se trataría de algo más que la repetición de la conocida fórmula de la socialización de las pérdidas y la privatización de las ganancias (Ramonet, 2009). En 1929, finalmente se contó, después de 11 años, con el terrible aunque gigantesco mercado, que significó la Segunda Guerra Mundial (Boron, 2009) y, por fortuna hoy no se avizora un conflicto global del mismo carácter.

Actualmente vivimos una crisis mucho más compleja e integral que la que se vivió en 1929. Sería una crisis inédita y multifacética, una crisis de lo que Braudel llamaba civilización occidental (Guillén, 2009). Vivimos pues una crisis que afecta las bases mismas de la estabilidad social y pone a prueba la supervivencia del sistema (Esteva, 2009). Una crisis civilizatoria cuya duración, profundidad y alcances geográficos serán mayores que los que observaron las crisis precedentes (Borón, 2009). Que esto lo diga un académico de izquierda puede originar alguna duda, pero una similar opinión la encontramos en Paul Volcker, un personero del establecimiento financiero, quien ha afirmado que esta crisis es muy superior a la de 1929 (Beinstein, 2009). Lo que probablemente sustente estas afirmaciones es que vivimos hoy una crisis que es integral porque expresa una articulación de diversas crisis: la crisis financiera, la crisis ambiental, la crisis alimentaria y la crisis energética (Boron, 2009). Y sucede que una crisis retroalimenta a la otra como sucede con las crisis energética y alimentaria,

en tanto que el costo de los alimentos depende en buena medida del costo de los hidrocarburos por el papel de la petroquímica en la producción de cereales. La situación se agrava más porque las regiones cerealeras de Estados Unidos, Argentina, Australia, China, Oriente Medio y África están sufriendo una notable sequía (Klare, 2009) y porque extensiones de tierra que podrían servir para la producción de alimentos se están reconvirtiendo en tierras de producción de agrocombustibles (Boron, 2009). La crisis financiera agrava la crisis alimentaria: antes del estallido de la depresión ya existían 850 millones de hambrientos en el planeta, hoy en el contexto de dicha depresión, 100 millones más de personas con hambre se han agregado a la cifra original (Vivas, 2008).

Desde otra perspectiva, Stiglitz también ve a la crisis actual como algo integral. Se trataría de una crisis que combinaría siete déficit: el déficit de valores que sustentan el Estado de derecho; el déficit climático que implicó un retraso de ocho años (la administración Bush) en relación con las medidas en contra del calentamiento global; el déficit de igualdad que ha destruido la movilidad social; el déficit de responsabilidad que atañe a los reyezuelos del mundo financiero; el déficit comercial que lleva a Estados Unidos de América al colosal endeudamiento; el déficit fiscal que en gran medida ha provocado el gasto militar y, finalmente, el déficit de inversiones públicas sabias (Stiglitz, 2009).

Atilio Boron y Walden Bello han planteado que la crisis mundial tiene un sustrato esencial que es que el capitalismo a nivel mundial vive una vez más una crisis de superproducción y de subconsumo (Boron, 2009; Bello, 2009). Esta perspectiva nos lleva a un análisis que empieza con la *edad de oro* del capitalismo (1945-1975), aquella que siguió a la segunda posguerra cuando los gastos de reconstrucción en Europa y en el Este asiático, además de las políticas keynesianas, ocasionaron un rápido crecimiento económico. En la medida en que Alemania y Japón nuevamente entraron en la competencia global por mercados y que lo mismo hicieron economías emergentes como Brasil, Taiwán y Corea del Sur, se fueron creando condiciones para esa sobreproducción. Hoy vivimos la presencia cada vez más imponente de China, quien inunda el mercado mundial con sus mercancías. Así las cosas, las cifras promedio de crecimiento global

indican una creciente desaceleración de la economía mundial: en los años sesenta el promedio de crecimiento global fue de 3.5%, en los setenta fue de 2.4%, en los ochenta de 1.4% y en los noventa de 1.1% (Bello, 2009). El ataque neoliberal al Estado de bienestar de ser el gran responsable de la estanflación resultó infundado, pues las anteriores cifras demuestran que el neoliberalismo fue inferior al periodo precedente en lo que se refiere al ritmo de crecimiento.

Los magros resultados neoliberales se ven confirmados cuando se examinan los promedios de crecimiento del PIB en los países latinoamericanos entre 1997 y 2005. Venezuela, Paraguay y los países del Caribe con menos del 2%, a lo sumo el 2%. Uruguay, Brasil, Colombia, Ecuador, México y Argentina con menos del 3%. Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua lograron sobrepasar el 3%, mientras que Costa Rica y República Dominicana sobrepasaron el 4%. El país que se ha convertido en el paradigma latinoamericano del neoliberalismo, Chile, llegó a sobrepasar el 5.5% de promedio de crecimiento del PIB en esos 9 años (Long, 2008: 162). Cifra que parece impresionante si se compara con el resto de los países de América Latina y del Caribe, pero que empalidece si se contrasta con el 6% de crecimiento promedio del PIB que tuvo México durante el periodo del desarrollismo (Babb, 2001). A fines del siglo XX y principios del siglo XXI, México presentaba una tasa promedio de crecimiento de 2%, cifra que evidenciaba la mediocridad económica que caracterizó a los gigantes económicos de la región (Brasil, Argentina y Brasil).

La crisis mundial que hoy nos abate demuestra que las fugas hacia adelante que ensayó el capitalismo mundial han fracasado. Éstas fueron al menos tres: la nueva fase de acumulación neoliberal, la globalización que integró como nunca antes a vastas zonas de la periferia capitalista y aprovechó mercados de materias primas y fuerza de trabajo baratos y, finalmente, la traslación hacia el capitalismo de hipertrofia financiera con el efecto nefasto de una bifurcación entre una economía financiera hiperactiva y una economía real estancada (Bello, 2009).

Alcances geográficos y duración temporal

En los inicios de la crisis mundial que hoy padecemos dos grandes preguntas fueron planteadas: ¿Cuál será el alcance de la crisis?, ¿cuánto durará? Diez meses después de su estallido podemos dar respuestas más seguras a ambas preguntas. Nuevamente los analistas financieros que son parte del establecimiento nos alimentan de optimismo. Lo peor de la crisis ya pasó, nos dice José Ángel Gurría, máximo personero de la OCDE. Representantes del sistema financiero afirman que ya estamos viviendo un repunte bursátil y que el ritmo de la deflación en Estados Unidos de América ha amainado. No es una gran depresión lo que estamos viviendo sino sólo una recesión ordinaria. Otros expertos afirman que ni uno ni otro indicador necesariamente son buenos augurios (Nadal, 2009b). ¿Cuánto durará la crisis? “Veinte años, si tenemos suerte, o menos de diez si las autoridades actúan con mano firme”, responde Martin Wolf, un analista neoliberal (Ramonet, 2009). Robert M. Solow, premio Nobel de Economía y maestro emérito del MIT, afirma que nadie puede saber cuánto puede durar y cuán profunda será la crisis actual (Esteva, 2009). Y desde la Casa Blanca, Barack Obama nos dice que acaso vivamos una década perdida (Boron, 2009). Otra más para nosotros los latinoamericanos, si recordamos aquélla que vivimos en la octava década del siglo XX.

Ciertamente, durante toda esta noche neoliberal hemos vivido alrededor de 100 crisis (Stiglitz, 2003; Bello, 2009) y el capitalismo ha sabido sortearlas. El antecedente más notable de la crisis que hoy padecemos fue la crisis asiática, la cual comenzó en 1997 en Tailandia y repercutió globalmente (Stiglitz, 2003). También dicha crisis pudo remontarse. Finalmente, como Marx lo postuló, el capitalismo ha sido a lo largo de su historia una larga sucesión de ciclos que combinan bonanzas y derrumbes. Pero algunas de esas crisis han sido más significativas que otras. La crisis que estalló en 1873, provocada por el colapso de la Bolsa de Valores de Viena y el estallido de la burbuja especulativa ligada a bienes raíces en París, no terminó sino hasta 1896. Esto indica que tuvo una duración de 23 años. De igual manera, la Gran Depresión de 1929 que arrojó al desempleo al 25% de la fuerza laboral estadounidense, diez años después no había logrado resolverse: el 17% de esta fuerza seguía en el paro (Boron,

2009). Solamente la Segunda Guerra Mundial y luego la reconstrucción de los destrozos de dicha guerra pudieron reactivar de manera sostenida la economía mundial.

¿Cuál es el alcance de la crisis que hoy vivimos? Hoy la respuesta es una verdad de perogrullo. El mismo nombre del evento que ahora nos convoca lo indica: tiene un alcance *mundial*. La crisis ha invadido todos los rincones del planeta y conjugándose con otro tipo de conflictos ha servido de detonante de episodios de violencia en Atenas (China), en Longna (China), en Puerto Príncipe (Haití), Riga (Letonia), Santa Cruz (Bolivia), Vilnius (Lituania), Sofía (Bulgaria), Vladivostok (Rusia), mientras que en otras ciudades, como Reikiavik, París, Roma, Zaragoza, Moscú y Dublín, se han observado fuertes protestas por el desempleo y los bajos salarios (Klare, 2009). Si alguna vez hubo esperanzas de que al haber surgido la crisis en Estados Unidos de América, ésta no contaminaría a Asia y Europa, tales esperanzas son hoy remotos recuerdos (Eichengreen y O'Rourke, 2009). En un principio, Carlos Vilas, un connotado sociólogo argentino, expresó la hipótesis de que América Latina estaba en inmejorables condiciones para reducir los daños de la crisis (Vilas, 2008). La situación que hoy vivimos ha demostrado las previsiones en sentido contrario (Gudynas, 2008). En el cuarto trimestre de 2008 la crisis ya nos había alcanzado y hoy se estima una contracción de casi el 2% del PIB en la región. El deterioro de los términos del intercambio, la disminución de las remesas de los inmigrantes y, sobre todo, el retiro abrupto de los flujos externos de capital (alrededor de 300 mil millones de dólares en relación con 2008) son indicadores de que la crisis se ha implantado (Guillén, 2009).

¿EN EL UMBRAL DEL POSNEOLIBERALISMO?

La crisis mundial, tan devastadora como ha mostrado ser en materia de sufrimiento humano y tan imponente en términos de lo que todavía está por venir, ha tenido al menos la ventaja de hacernos renacer la esperanza. Hoy, no pocos analistas nos preguntamos si esta gran depresión no servirá para plantearnos una sociedad alternativa a la construida por el fundamentalismo de mercado. ¿Estamos en el umbral del posneoliberalismo? ¿Podremos

considerar que esta crisis servirá, al menos, para pensar en un modelo distinto de crecimiento económico y desarrollo social? Las respuestas han sido diversas: desde la categórica afirmación de Immanuel Wallerstein acerca de que el capitalismo se está acabando (Wallerstein, 2008) hasta el escepticismo de quienes afirman que el capitalismo va a sobrevivir a esta crisis porque no tiene más enemigos que sus tendencias inmanentes. Más aún, para los escépticos esta sobrevivencia hará retornar, por un tiempo, al capitalismo asentado en la producción, en la economía real. Pero una vez resuelta la crisis volverá de la gravitación de la economía real a la gravitación de lo financiero (Vilas, 2008).

La crisis mundial ha mostrado que verdades que parecían incontrovertibles resultaron ser un fiasco. El mercado dejado a su libre albedrío ha mostrado una vez más sus efectos terribles. Datos de Ignacio Ramonet nos indican que si en 2008 había 190 millones de desempleados en el mundo, al final de 2009 habrá, aproximadamente, 241 millones. A esto habrá que agregar los 1 400 millones de trabajadores pobres (los que ganan menos de 2 euros al día y que constituirán el 45% de la Población Económica Activa mundial). En Estados Unidos de América, el total de desempleados ya asciende a 14 millones, los subempleados llegan a casi 30 millones, se prevé para 2009 una tasa de desempleo de 10% (Herbert, 2009) y la riqueza de los hogares ha disminuido en 14% (Whitney, 2009). Mientras que en la Unión Europea tal número asciende a 17.5, casi 2 millones más que en 2008. En Sudamérica en 2009 se registra un aumento de 2.4 millones de desempleados (Boron, 2009). En China se anunció, en febrero de 2009, que en los últimos meses de 2008, habían perdido su trabajo 20 millones de chinos y no tenían muchas perspectivas de recuperarlo para 2009 (Klare, 2009).

En el momento de su resplandor inicial, el neoliberalismo prometió que si el mercado dejaba de estar asfixiado por el Estado, viviríamos una nueva era de gran productividad y prosperidad social. La gran crisis mundial, que hoy padecemos, terminó de evidenciar que las grandes promesas neoliberales han resultado en su contrario: tasas mediocres o malas de crecimiento económico y un aumento de la desigualdad y de la pobreza en el mundo. Si esto es así, cabe preguntarse si la crisis servirá para replantear la economía y la política a nivel mundial, y para salir de una buena vez del fundamenta-

lismo de mercado y ensayar otras vías para lograr la prosperidad económica y la justicia social. El pesimismo con respecto a las posibilidades de una sociedad posneoliberal lleva a algunos autores a pensar que el énfasis en la economía real y la presencia de un Estado regulador del mercado será temporal (Vilas, 2008). En el momento en que la crisis mundial termine y le dé paso a un nuevo ciclo de prosperidad, la fase B del ciclo Kondratieff, aquella en que el capitalismo se vuelve financiero y especulativo (Wallerstein, 2009), volverá a aparecer. Aun en el marco de esta crisis profunda, ciertos analistas ven escasas posibilidades a la emergencia de procesos regulatorios globales que frenen estructuralmente la liberación plena de los mercados de capitales y los procesos de desregulación económica, propios del neoliberalismo. Lo más que puede suceder son modelos híbridos como los que se observan en China o en Brasil (Sader, 2008).

Aun así, lo que no puede dejar de constatarse es el total descrédito de los enfoques neoliberales (Pollin, 2008; Bello, 2009). Y esto ha hecho proliferar propuestas alternativas del más distinto signo. Cristina Fernández, la presidenta de Argentina, ha planteado la superación de la crisis por medio de “otro capitalismo” (Gambina, 2008). Probablemente ese “otro capitalismo” sea lo que Walden Bello ha llamado la “socialdemocracia global”, la cual buscaría eliminar las contradicciones del capitalismo global y relegitimarlo. Actuaría en el mismo sentido en que la vieja socialdemocracia y el *News Deal* estabilizaron al capitalismo nacional (Bello, 2009). Esta nueva concepción partiría de que habría que salvar a la globalización quitándosela de las manos a los neoliberales, lograr un crecimiento económico sin una desigualdad inmanejable, volver al Estado regulador del mercado, abatir la pobreza y la degradación ambiental, cancelar la deuda global de los países en vías de desarrollo, impulsar una segunda Revolución verde sustentada en los transgénicos y propiciar el multilateralismo en la solución de los problemas mundiales (Bello, 2009).

Gran parte de estos objetivos pueden ser apoyados por una izquierda que tenga una perspectiva crítica no únicamente del neoliberalismo sino del capitalismo en general. La diferencia fundamental entre la búsqueda de “otro capitalismo” y la de una alternativa poscapitalista radicaría en que no sólo buscaría un Estado regulador del mercado, sino la existencia de una

sociedad civil reguladora del Estado. No solamente apoyaría la democracia liberal y representativa sino trataría de profundizarla con la democracia participativa. No sólo procuraría la eliminación de la pobreza y la reducción de las desigualdades, sino pretendería la emancipación social.

La crisis mundial ha evidenciado, de manera poderosa, la necesidad de un mundo posneoliberal. Pero el descrédito del neoliberalismo y el hecho de que esta crisis muestre la imposibilidad de un nuevo equilibrio en el capitalismo (Wallerstein, 2009) no forzosamente implica que la necesidad se vuelva realidad. Para que un mundo posneoliberal, en su versión de socialdemocracia global o de una transición al poscapitalismo, sea posible, es necesario que exista en el plano nacional y en el global una fuerza social que cree nuevas correlaciones de fuerzas. Si esta fuerza social no existe, fuerzas de signo opuesto llenarán ese vacío, como sucedió en la Europa de la primera posguerra. Y entonces, en lugar de un modelo más igualitario y redistributivo, se instalará un sistema de explotación aun más violento que el capitalismo (Wallerstein, 2008).

Al imaginar los escenarios futuros, las ciencias sociales entran en un terreno pantanoso porque, como Albert Einstein expresó en el artículo citado al inicio de este trabajo, hay diferencias esenciales entre la astronomía y la economía. Esto fue lo que olvidaron los grandes arquitectos del neoliberalismo durante el siglo XX y es algo que no debemos olvidar hoy. La crisis mundial puede ser la puerta de entrada a un mundo peor al que ahora existe, pero también puede ser el umbral de un mundo mejor.

Esperemos y esforcémonos para que sea esto último.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES DOCUMENTALES

- Anónimo (2009), *El colapso capitalista inaugura una gran crisis política*, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=73441&titular=el-colapso-capitalista-inaugura-una-gran-crisis-politica>
- Babb, Sara (2001), *Managing Mexico. Economists from nationalism to neoliberalism*, Princeton University Press.
- Beinstein, Jorge (2009), "Señales de implosión. Hacia la desintegración del sistema global", Servicio informativo "Alai-amlatina", 3 de marzo, Buenos Aires.

- Bello, Walden (2009), *La crisis capitalista y la respuesta política de la izquierda*, conferencia dictada el 21 de marzo de 2009 en la “Conferencia sobre la crisis global”, organizada por el Partido de la Izquierda de Alemania, publicada por la revista electrónica *Rebelión*.
- Boron, Atilio A. (2009), “De la guerra infinita a la crisis infinita”, ponencia presentada al XI Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, La Habana, Cuba, 2-6 de marzo, <http://www.atilioboron.com>
- Bunge, Mario (2009), “El auténtico socialismo nacerá de las cenizas del capitalismo”, revista electrónica *sinpermiso*, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2592>
- Eichengreen, Barry y Kevin H. O’Rourke (2009), “Una comparación histórico-estadística de la Gran Depresión con la crisis presente”, artículo publicado en la revista electrónica *sinpermiso*, 12 de marzo. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2489>
- Einstein, Albert (2000) (1949), “¿Por qué socialismo?”, Unión de Juventudes Socialistas de Puerto Rico, Marxist Internet Archive, publicado por primera vez por *Monthly review*, Nueva York, mayo de 1949.
- Esteva, Gustavo (2009), “La crisis como esperanza”, artículo que aparece en esta revista *Bajo el volcán* núm. 14.
- Figueroa Ibarra, Carlos (2008), “América Latina, en el umbral del posneoliberalismo”, revista *Metapolítica*, vol. 12, núm. 59, mayo-junio de 2008. México, D. F., pp. 55-61.
- Fukuyama, Francis (1989), “The end of the History”, *The National Interest*. Verano. _____ (1992), *El fin de la historia y el último hombre*, Editorial Planeta, Barcelona.
- Frei Betto (2008), “Pido disculpas”, Servicio informativo “Alai-amlatina”, 24 de octubre, México D.F.
- Herbert, Bob (2009), “El abismo de la desocupación: la economía no mejorará si sacamos a la gene del mercado de trabajo”, revista electrónica *sinpermiso*, 5 de julio, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2685>
- Fayazmanesh, Sasan (2008), “Lo que va de 1929 a 2008: registro de despropósitos de los ‘expertos’ para merecido descrédito de la teoría económica ortodoxa”, revista electrónica *sinpermiso*, 16 de noviembre. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2179>

- Gambina, Julio C. (2008), “¿Qué reformas son necesarias en la economía mundial?”, Servicio informativo “Alai-amlatina”, 4 de noviembre, Buenos Aires.
- Gandáségui, Marco A. (hijo) (2008), “La caída de Wall Street”, 30 de septiembre, Panamá.
- Guerra Cabrera, Ángel (2008), “La crisis y los nuevos escenarios”, Servicio informativo “Alai-amlatina”, 23 de octubre, México D.F.
- Guillén, Arturo (2009), “En la encrucijada de la crisis global”, Servicio informativo “Alai-amlatina”, 18 de junio, México D.F.
- Gudynas, Eduardo (2008), “Después de la globalización canibalizada”, *AUNA Costa Rica informa*, 20 de octubre, Costa Rica.
- Gutiérrez Lozano, José Luis (2008), “La realidad sobre el Amero y reflexiones sobre el futuro del Dinero”, 26 de octubre, <<http://crisolplural.com/author/jose-gutierrez/>>* <http://crisolplural.com/category/ciudadania-economica/>
- Hudson, Michael (2008), “Los banqueros extorsionan al Congreso de EEUU y al G-20. Nuestra basura por vuestro dinero”, revista electrónica *Counterpunch*, <http://www.counterpunch.org/hudson11172008.html>
- _____ (2009), “Lo último de la teoría económica basura”, revista electrónica *sinpermiso*, 24 de abril, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2594>
- Klare, Michael T. (2009), “Un planeta en el alero: ¿podrán contenerse los virulentos brotes epidémicos de la economía?”, revista electrónica *sinpermiso*, 1 de marzo, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2402>
- Long, Guillaume (2008), “El mito de la inestabilidad: Estabilidad política y crecimiento económico en Ecuador”, *Ecuador Debate* núm. 74, revista especializada en Ciencias Sociales, Quito, agosto.
- Mazzei, Umberto (2008), “OMC: perseverar en el error”, Servicio informativo “Alai-amlatina”, 1 de diciembre, Ginebra.
- Nadal, Alejandro (2009a), “China: una burbuja disfrazada de recuperación”, revista electrónica *sinpermiso*, 5 de julio,
- _____ (2009b), “Una recuperación muy difícil”, revista electrónica *sinpermiso*, 28 de julio, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2665>
- Panarin, Igor (2008), “En EU podría estallar guerra civil que dividiría el país”, Agencia Rusa de Información Novosti, 20 de diciembre, Moscú.
- Pollin, Robert (2008). “El fin de la economía friedmanita. Entrevista de Mike Whitney a Robert Pollin”, revista electrónica *sinpermiso*, 26 de octubre, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2135>

- Ramonet (2008), *El fin de una era del capitalismo*, publicado en diversos medios.
- Sader, Emir (2008), *¿Se acabó el neoliberalismo?*, revista electrónica *Rebelión*.
<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=73375&titular=¿se-acabó-el-neoliberalismo?>
- Stiglitz, Joseph E. (2003), *El malestar en la globalización*, Suma de Letras S. L., Madrid.
- _____ (2008a), “La crisis de Wall Street es para el mercado lo que la caída del muro de Berlín fue para el comunismo”, entrevista publicada en la revista electrónica *sinpermiso* el 21 de septiembre, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2065>
- _____ (2008b), “Los siete déficits mortales”, revista electrónica *sinpermiso*, 23 de noviembre, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2193>
- Torres López, Juan (2008), “Gigantes financieros irán cayendo uno detrás de otro”, revista electrónica *Rebelión*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=73147&titular=gigantes-financieros-irán-cayendo-uno-detrás-de-otro>. (El texto puede conseguirse también en <http://www.juantorreslopez.com>).
- Ugarteche, Oscar (2009), “Primeras noticias de la crisis del 2009”, Servicio informativo “Alai-amlatina”, 2 de marzo, México, D.F.
- Vilas, Carlos M. (2008), “Confusiones y Autoengaños”, revista *Veintitrés* núm. 528, 23 de octubre, Buenos Aires.
- Vivas, Esther (2008), “Los supermercados y la crisis alimentaria mundial”, Servicio informativo “Alai-amlatina”, 3 de diciembre, Barcelona.
- Wallerstein, Immanuel (2008), “La crisis reciente es similar a la del derrumbe del sistema feudal en Europa” (entrevista), *AUNA Costa Rica Informa. Nuestro norte es sur*, 15 de octubre.
- Whitney, Mike (2009), “Por qué la economía no ha tocado todavía fondo”, revista electrónica *sinpermiso*. 5 de julio, <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2690>
- Zambrana, Justo (2009), “Crisis: ¿no será la distribución de la riqueza?”, en *El País*, 24 de abril de 2009 (www.elpais.es).

Fecha de recepción: 19 de julio de 2009

Fecha de aceptación: 27 de agosto de 2009